

LOS EFECTOS DEL GIRO LINGÜÍSTICO EN LA HISTORIOGRAFÍA RECIENTE

Jaume AURELL
Universidad de Navarra

BIBLID [0213-2370 (2004) 20-1; 1-16]

Desde los años setenta, algunos historiadores han aspirado a construir relatos comprensibles y atractivos. El lenguaje académico del marxismo, estructuralismo y cuantitativismo ha sido sustituido por la coherencia formal de una narración que no está reñida con el rigor científico. Este artículo pretende analizar aquí por qué los historiadores actuales han tenido tanto interés en recuperar el relato en su acepción más tradicional y su preocupación por crear una narración formalmente impecable cuya coherencia es el garante de una verdadera objetividad histórica. El maridaje entre la historia como disciplina y la lingüística se contempla como una de las consecuencias más beneficiosas del "giro lingüístico" que afectó a las ciencias sociales en los años setenta.

As of the nineteen-seventies, historians have regained the eternal aspiration to tell tales, to construct easy-to-understand and attractive stories. The academic, schematic and formalistic language corresponding to the paradigms of the post-World War era (Marxism, Structuralism and Quantitativism) has gradually been replaced by a truly comprehensible language not limited to scientific jargon. In accordance with these new trends, the taste for story and for the formal coherence of narrative need not be at odds with scientific rigour, but rather can lead it to its highest peaks. The new narrativist trends are to an important extent the result of the marriage in the nineteen-seventies between historical discipline and linguistics. This article is an attempt to analyse why current historians have shown so much interest in regaining stories in the most traditional sense of that word, and in creating a formally impeccable narrative. All of this is one of the most beneficial consequences of the so-called linguistic turn, which affected the entire field of the social sciences during the nineteen-seventies.

EN 1999, EL HISTORIADOR BRITÁNICO SIMON SCHAMA publicó una monografía que generó un enorme interés en todo el mundo y que pronto se constituyó en un auténtico *best seller* y fue traducido a un buen número de lenguas. La obra estaba encabezada por el enigmático enunciado de *Rembrandt's eyes* (Schama 1999). Se trataba de un monumental estudio sobre la vida y la obra de Rembrandt, basada en una original combinación entre texto e imágenes. Tal como se ponía de manifiesto en el sugerente título del libro (*Los ojos de Rembrandt*), Schama intentaba adentrarse en el complejo mundo de la opulenta sociedad holandesa del siglo XVII a través de los retratos del célebre pintor flamenco. En una época que Schama conocía bien por trabajos anteriores (Schama 1991), Rembrandt era el representante de un nuevo mundo, en contraste con el tradicional modelo plasmado en las obras de su antecesor Rubens.

El enorme éxito del libro obtenido entre el gran público contrastó, sin embargo, con las severas críticas que el autor recibió desde algunos sectores de la crítica académica más tradicional. La pretensión de Schama, consistente en realizar una narración del acto artístico, fue duramente contestada por historiadores tan consolidados como Jonathan Israel o Ernst Gombrich, que acusó al libro de parecerse más a una novela histórica que a una monografía de historia de arte (Ruiz Domènec 2002).

Con todo, parece que el propósito de Schama no era, en definitiva, tan original. En su obra clásica *El otoño de la Edad Media*, publicada originariamente en 1919, Johan Huizinga había intentado leer una sociedad a través de las obras de los artistas, en este caso los hermanos Van Eyck. Lo que sí era original, en cambio, en Schama, era el modo de realizar esa lectura, a través de las nuevas técnicas narrativas divulgadas en la historiografía a partir de los años setenta. ¿Qué había detrás de ese debate aparentemente limitado al mundo académico?

La publicación del libro de Schama es una manifestación más de la inclinación que, durante los tres últimos decenios, los historiadores han tenido por contar historias, por transformar el lenguaje académico, esquemático y formalista de los viejos paradigmas de la posguerra (marxismo, estructuralismo y cuantitativismo) en un lenguaje verdaderamente comprensible. Según estas nuevas tendencias, el gusto por el relato y la coherencia formal de la narración no están reñidas con la rigurosidad científica, sino que la conducen a sus metas más elevadas.

Las nuevas tendencias narrativistas son en buena medida efecto del maridaje establecido durante los años setenta entre la disciplina histórica y la lingüística. Ciertamente, ese mutuo influjo estuvo al principio muy acantonado en los ambientes académicos más vanguardistas. Pero, pasados treinta años, se puede concluir que el influjo de esta cohabitación ha sido enorme y que ya nadie puede desentenderse de ese contexto epistemológico tan peculiar surgido entorno al éxito obtenido por los nuevos relatos históricos firmados por George Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie, Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis o el propio Simon Schama (Schama 1999).

Todo ello es, indudablemente, una de las consecuencias más beneficiosas del llamado *linguistic turn*, que afectó al entero campo de las ciencias sociales durante los años setenta. Durante esos años, algo traumatizados por las crisis económicas y energéticas, se generó un ambiente epistemológico peculiar, cuando todas las ciencias sociales volvieron a converger en un esfuerzo unitario. Algo parecido había sucedido durante los años veinte, cuando la sociología de Émile Durkheim y Max Weber se había situado en el centro neurálgico del debate entorno a la función y el método de las ciencias sociales, consiguiendo por un instante una aparente unificación de todas ellas. Cin-

cuenta años más tarde se volvía a generar el mismo entusiasmo respecto a la supuesta capacidad integradora de las ciencias sociales. La gran diferencia es que durante esos años setenta la antropología y la lingüística recogieron el testigo de la vieja sociología como las ciencias sociales con capacidad de generar un método verdaderamente integrativo.

En primer lugar, la conexión entre la historia y la antropología dio como fruto la sustitución de la economía como tema estrella de las narraciones históricas. La cultura pasó a ser definitivamente el tema fundamental. El marxismo dejó de ser tomado como el modelo metodológico hegemónico. La disciplina histórica se abrió a nuevos ámbitos temáticos, generándose un nuevo método de acercamiento a la realidad —la historia de las mentalidades— que, aunque hoy en desuso, constituyó por aquel entonces una verdadera revolución metodológica y epistemológica.

La conexión entre la historia y la lingüística pareció quedar, por su parte, restringida a determinados ambientes académicos especialmente inquietos pero con escasa incidencia en el devenir general de la evolución de las ciencias sociales. Sin embargo, el paso del tiempo ha demostrado que la relación establecida entre la lingüística y la historia a partir de los años setenta ha tenido unas consecuencias mucho más duraderas y profundas, porque ha supuesto algo más que el establecimiento de una metodología efímera. Su influjo ha afectado al modo de *escribir* la historia, lo que parece algo con mucha mayor entidad que el modo de *organizar* la historia.

Hoy, desde la perspectiva histórica adecuada, aparecen más nítidas las consecuencias generadas por esta interconexión. No estaríamos hablando ahora de un retorno a la historia narrativa durante los años setenta si no se hubieran producido dos acontecimientos de primer orden en el campo de las ciencias sociales. El primero de ellos es el *linguistic turn*. El segundo, la incorporación tardía pero efectiva, en el ámbito historiográfico, de los postulados de filósofos como Hans-Georg Gadamer, Michel Foucault, Jacques Derrida (1967), Michel de Certeau o Paul Ricoeur (Ricoeur 1983-1985). Ellos no son invitados de piedra de un forzado contacto interdisciplinar sino que se han consolidado como verdaderos referentes intelectuales para los historiadores, que hoy más que nunca necesitan esta vinculación estrecha entre la filosofía, la lingüística y la historia (White 1989, 47-48).

La historia, la lingüística y el giro lingüístico

La relación entre las disciplinas histórica y lingüística es reciente, ya que no se trata ni del formalismo de la lingüística de principios de siglo —que el estruc-

turalismo superó ampliamente— ni de la relación entre filología e historia, que parece más evidente y de sencilla legitimación (Struever 127-50). En el fondo, durante estos años se produce una triple relación entre historia, lingüística y antropología cultural, desde el momento en que Claude Lévi-Strauss consiguió un prematuro uso de los modelos lingüísticos en la interpretación de los procesos sociales. A partir de Lévi-Strauss, las derivaciones de la lingüística aplicada a la historia se multiplican, basadas en la lógica estructural de Ludwig Wittgenstein, la sociolingüística de Victor W. Turner, el post-estructuralismo de Paul Henry y el nuevo formalismo de Richard Montague.

La creencia tradicional de que una investigación histórica racional nos permite llegar a un conocimiento auténtico del pasado fue severamente revisada a través de los postulados postmodernistas de algunos historiadores franceses y norteamericanos durante los años setenta (Barthes 1967). Buena parte del replanteamiento de todas estas cuestiones fue provocado por el desarrollo y la consolidación de un movimiento filosófico que ha tenido amplias conexiones y repercusiones en el resto de las ciencias sociales: el *linguistic turn*.

Este punto de inflexión tenía claros precedentes, que se remontaban incluso a principios de siglo. Uno de los textos fundadores de esta corriente es el *Curso de lingüística general*, del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, publicado póstumamente en 1916. Allí se afirmaba que el lenguaje forma un sistema autónomo cerrado en sí mismo, el cual posee una estructura. De las tesis del lingüista de Ginebra nació el estructuralismo que, en sus desarrollos ulteriores, llegó mucho más lejos que su fundador. Así llegó a afirmarse que el lenguaje no es un medio para comunicar sentido o unidades de sentido sino a la inversa: el sentido es una función del lenguaje. El hombre no se sirve del lenguaje para transmitir sus pensamientos, sino que lo que el hombre piensa está condicionado por el lenguaje.

Estas ideas ya tuvieron influjo en los historiadores de los primeros *Annales*, como la obra de Febvre, publicada en 1942, sobre el problema de la incredulidad en la Francia del siglo XVI. Para responder a la pregunta de si Rabelais fue ateo o no, Febvre argumentaba que no son decisivas las ideas explícitas, sino el instrumental lingüístico con el que pensaban los hombres de la época de Rabelais. El historiador francés demostró que era posible aproximarse a los razonamientos de una época mediante el análisis de su lenguaje, el cual constituye su utillaje mental. La monografía de Febvre demostraba, en la práctica, que los métodos hermenéuticos del historicismo clásico no eran suficientes para aprehender las concepciones religiosas de una época; la lengua contiene algo mucho más concreto, algo mucho más libre e inexpresable de subjetividad, un resto arqueológico que nos permite acceder a una cultura del pasado. No concluía todavía, sin embargo, que las ideas o el lenguaje determinen una evolución histórica, pero sí que la hacen comprensible.

La obra de Saussure y de Febvre se había adelantado a los postulados estructuralistas, que afirmaban que el hombre se mueve en un marco de estructuras —en este caso, de estructuras lingüísticas— que no son determinadas por él, sino que lo determinan a él. Más tarde, este planteamiento influyó indirecta pero notablemente en la disciplina histórica, a través de la semiótica o de la forma más nítida del postestructuralismo que es el deconstruccionismo. El debate en Francia se ha actualizado con Jacques Derrida, cuyos referentes intelectuales se remontan hasta Roland Barthes.

La contextualización deja entonces de tener importancia, porque se quiebran los nexos de referencialidad entre el texto y el contexto. Incluso se llega a separar, en los planteamientos abstractos —*abstractistas*, si se me permite esta expresión— de Michel Foucault, el texto de su creador, porque se niega la intencionalidad humana como elemento creador de sentido. Si en Saussure todavía existía la relación entre el signo, la palabra —el significante— y la cosa a la que ese signo hacía referencia —el significado—, esa unidad se pierde con Derrida, por lo que el lenguaje deja de ser incluso un sistema referencial.

El giro lingüístico es una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y hecha célebre por la colección de ensayos editados por Richard Rorty en 1968. Aunque se trataba de un movimiento estrictamente filosófico, pronto influyó notablemente en la disciplina histórica. En su aplicación más estricta, la historia pasaba a ser una red lingüística arrojada hacia atrás (Steiner 9-13). Las palabras de Hans-Georg Gadamer en su clásico *Verdad y Método* habían sido proféticas, al proponer la naturaleza de la historia como la recopilación de la obra del espíritu humano, escrita en lenguajes del pasado, cuyo texto hemos de entender. En la ecuación *historicidad del texto = textualidad de la historia*, los postulados del giro lingüístico hacían pivotar inequívocamente el resultado hacia el segundo término. La siguiente cuestión planteada parece obvia: ¿hasta qué punto existe referencialidad en ese texto?

El giro lingüístico ha dado como consecuencia una acusada tendencia al relativismo, que planea actualmente sobre el entero campo de la historiografía actual, como han puesto de manifiesto tanto los planteamientos prácticos como teóricos de Hayden White (1973) y Dominick LaCapra, quien aboga por recuperar la capacidad teórica de la historiografía clásica. Un proceso, por cierto, completamente inverso al que produjo el nacimiento de la historia científica en el ámbito historiográfico alemán del siglo XIX, cuando precisamente fue la fase narrativa de la historia la que se pretendía superar. Ahora se afirma que la historia, el pasado, subsiste simplemente a través de unos signos lingüísticos y forja su objeto a través de las reglas del universo lingüístico que conoce el historiador (Toews).

El problema de la referencialidad del lenguaje en las narraciones históricas

Este debate, aparentemente reducido al ámbito académico de la disciplina histórica, se extendió también al entero ámbito de las ciencias sociales. Para algunos historiadores e intelectuales en general, el imperativo de la objetividad histórica –transmitido de generación en generación desde la historiografía clásica– había sido el pilar de una concepción del mundo logocéntrica (Marrou 1968). La creencia en la objetividad histórica constituía a su vez el fundamento de las estructuras de poder, idea que aparece explícitamente en los escritos de Michel Foucault y Jacques Derrida y, con anterioridad, en los de Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger. Buena parte de la historiografía feminista se ha basado, por ejemplo, en esta idea, para iniciar la deconstrucción –empezando por el intento de transformación de las palabras y conceptos heredados– de un mundo que se ha caracterizado por el dominio masculino desde sus orígenes (Scott 1993). Esto demuestra que en el debate generado a raíz de las consecuencias del giro lingüístico se dirime algo más que un juego de palabras. Si son las palabras las que realmente cuentan en la narración histórica, el modo de organizar esos signos pasa a ocupar un lugar privilegiado en la construcción de la obra histórica. Por este motivo, en los debates teóricos actuales se habla cada vez con mayor frecuencia del discurso como forma de comunicación y como forma de organización del trabajo histórico. Esto deriva en la progresiva interconexión de las ciencias sociales, cuyo denominador común sería la articulación de un discurso adecuado a sus necesidades.

El discurso narrativo, recelado hasta los años setenta en la historiografía por su aparente incompatibilidad con el rigor del lenguaje científico, ha pasado a ser considerado el entramado fundamental de la obra histórica. Reaparece así, más vivo que nunca, el peligro del formalismo para el historiador actual, más preocupado por el discurso que por la metodología, por el resultado formal que por el procedimiento material, por la retórica que por el contenido, por la estética que por la ética: en definitiva, el dominio de la forma sobre el contenido y la pérdida de los referentes objetivos que salvaguardan el rigor científico.

El giro lingüístico ha tenido también consecuencias enriquecedoras para la historiografía. Quizá la más importante sea el perfeccionamiento de las técnicas del relato y la narración histórica, que han supuesto un aumento considerable de la divulgación de algunas de esas obras. En efecto, parecen evidentes los beneficios que comporta esta tendencia, porque probablemente sin esta nueva preocupación por la *forma* de la narración, no hubieran sido creados relatos tan sugerentes como el *Domingo de Bouvines* de Georges Duby, el *Martin Guerre* de Natalie Z. Davis o el *Menocchio* de Carlo Ginzburg. Al mis-

mo tiempo, el retorno al relato ha facilitado también la recuperación renovada de algunos viejos temas de investigación, como es el caso de la nueva historia política, la historia de la religiosidad o la historia social del lenguaje.

Todos estos nuevos movimientos y experimentos historiográficos se basan en la creencia, más o menos explícita, de que el lenguaje es algo anterior al mundo expresado por él y lo hace inteligible, construyéndolo de acuerdo con sus propias reglas de significado (Spiegel 1997, 5). La debilidad de este planteamiento radica en el peligro de un excesivo formalismo y en la arbitrariedad de su método, porque el mismo lenguaje está condicionado por las convenciones sociales (Belsey 1994). Llevando hasta el extremo el argumento, cualquier construcción lingüística no sería otra cosa que una nueva articulación del discurso, y por tanto, no puede trascender su propia realidad retórica y literaria (Schöttler 1989).

Los signos lingüísticos son construcciones arbitrarias y convencionales que nos permiten la construcción de un discurso. Por tanto, es difícil encontrar en ellos el grado de objetividad intrínseca que precisa toda narración histórica. La convencionalidad de los significantes condena a los significados a su arbitrariedad, aunque Paul Ricoeur opta por una vía intermedia al hablar de una *autonomía semántica del texto* que alejaría toda esperanza de conectar el texto con su contexto pero que no negaría de modo absoluto su referencialidad (Ricoeur 1976, 25).

Todo este contexto epistemológico será llevado hasta las últimas consecuencias por el deconstruccionismo de Jacques Derrida. Si se parte de que el lenguaje es un sistema arbitrario de codificación, será preciso descodificar o deconstruir esos códigos para conocer su funcionamiento. El deconstruccionismo se centra exclusivamente en el artilugio literario (el texto) frente al contenido referencial (el contexto). Derrida apuesta decididamente por una preeminencia absoluta del texto, más allá del cual no hay salida (Derrida 1976). La historia pasa a ser un efecto de la presencia creada por la textualidad, pero no tiene una presencia en sí misma. Se niega, por tanto, al texto histórico, la posibilidad de representar la realidad. El documento histórico, a través del cual accedemos a la realidad, queda así asimilado al texto literario, a quien se le niega a su vez la capacidad de acceder al pasado.

El redescubrimiento del relato histórico durante los años setenta

¿Qué influjo tuvieron la expansión de todas estas ideas en el modo de escribir la historia? Todo empezó a mediados de los años setenta con un conjunto de narraciones históricas realizadas, a modo de experimento y en flagrante con-

tradición con la tradición recibida, por historiadores con un consolidado prestigio académico. Ejemplo paradigmático es el libro de Natalie Z. Davis, *El regreso de Martin Guerre* (Davis 1982). Dejando de lado la circunstancia, nada despreciable, de que esa narración nació como guión para una película comercial, el lector inicia la lectura atraído por un tema de evidentes repercusiones histórico-historiográficas, y lo termina con la sensación de haber leído una buena novela. Hoy, los nombres de Natalie Z. Davis, Simon Schama y Carlo Ginzburg están asociados al movimiento de la nueva historia narrativa, que se ha situado en la vanguardia historiográfica actual y ha reaccionado contundentemente contra el lenguaje esquemático y cuantitativista de los paradigmas anteriores. Historiadores y novelistas utilizan cada vez más técnicas narrativas parejas.

La función de la narración en la historia ha sido una preocupación constante por parte de los historiadores y de los filósofos de la historia. Ya en los años sesenta, W. B. Gallie justificaba la labor de los historiadores por el mismo poder de la dimensión temporal de la narrativa (Gallie 1968). Sin embargo, ese planteamiento sería rebatido en los años setenta por Luis O. Mink, quien lo tildó de simplista y demostró que para comprender la sucesión temporal hay que partir de que el tiempo no es la esencia de la narración. La historia se basaría, por el contrario, en que la conexión fundamental de los diversos eventos de un relato es su mutua orientación hacia un objetivo común (Mink 1970). Entre esas dos posturas, se verifica en los años ochenta un auténtico *revival* de la historia narrativa, que ha dado lugar a unas profundas mutaciones en el panorama historiográfico que están todavía hoy vigentes.

El mejor diagnóstico sobre el desarrollo de la renovada historia narrativa lo realizó en 1979 el historiador británico Lawrence Stone (1919-1999), a través de un influyente artículo, en el que repasaba los hitos más importantes de lo que él consideraba un retorno a la narración histórica en detrimento de los grandes esquemas teóricos y estadísticos que habían dominado la historiografía de las décadas anteriores (Stone 1979). Stone había sido discípulo del historiador del capitalismo Richard H. Tawney y se había especializado en el análisis de la aristocracia británica de los siglos XVI y XVII (Stone 1966). Al mismo tiempo, formaba parte del consejo de la revista histórica *Past and Present*, con todas las consecuencias metodológicas que esto conllevaba, porque por aquellos años constituía una de las plataformas más cualificadas del materialismo histórico anglosajón.

Stone ha sido criticado por ese artículo aduciendo en su contra que él mismo había cargado sus libros de material analítico y estadístico. Sin embargo, cualquiera que haya leído el artículo en su versión original –en la traducción española pierde gran parte de su energía– se da cuenta de que Stone no está

proclamando entusiasmado la llegada de un nuevo paradigma historiográfico, sino que se limita a realizar un diagnóstico de los principales trabajos publicados durante ese decenio en esa dirección. El mismo Stone manifestaba en diversos pasajes del artículo su principio de *no-apología*. Lo expresaba de tal modo —entre la ironía propia de un inglés aristócrata y la falta de urgencia propia de alguien no comprometido— que nadie podía sentirse aludido: “no one is being urged to throw away his calculator and tell a story” (Stone 1979, 75).

Por otra parte, el historiador británico no cambió sustancialmente la orientación metodológica de sus estudios tras realizar ese diagnóstico y continuó publicando algunos estudios sobre historia social (Stone y Fawtier 1984). Incluso se erigió más adelante como una voz agorera de los peligros de ciertas tendencias extremas del postmodernismo. El planteamiento del historiador británico, como él mismo confirmó en otras publicaciones posteriores, iba más bien encaminado a salvar a la ciencia histórica de la amenaza que constituían las consecuencias relativizantes del postmodernismo, en su triple amenaza del predominio de la lingüística, la antropología cultural y el nuevo historicismo (Stone 1991).

La nueva historia narrativa

El desarrollo de la nueva historia narrativa afectaba no solo a la incorporación de nuevos temas, sino a una verdadera transformación de las metodologías y las epistemologías. No hay que olvidar que durante aquellos mismos años los historiadores de las mentalidades y los de la historia social alemana estaban llevando a cabo una eficaz tarea de renovación de las temáticas, que sería completada más adelante por la nueva historia cultural y la nueva historia política. La nueva historia narrativa, por su parte, representaba una transformación más profunda que la que habían supuesto los paradigmas historiográficos, porque su propuesta metodológica iba mucho más allá que un simple cambio en las temáticas predominantes. Por este motivo esta nueva tendencia merece un análisis independiente de esas otras corrientes, aunque en la práctica haya abundantes conexiones entre todas ellas.

La narración ha sido una práctica eterna en la historia. Los historiadores siempre han contado relatos, desde los antiguos a los modernos. Todos ellos buscaban exponer los resultados de sus investigaciones en una prosa elegante y vívida. En la Antigüedad, la historia era una rama de la retórica. En la Biblia tenemos más de un testimonio elocuente al respecto. El compilador del libro de los Macabeos concluye brillantemente su narración con una reflexión sobre la importancia del ritmo y la belleza del relato: “Yo también terminaré

aquí la narración. Si la composición ha quedado bella y bien compuesta, eso es lo que yo quería; si resulta de poco valor y mediocre, esto es lo que he podido hacer. Así como beber vino solo —lo mismo que el agua sola— es perjudicial, mientras que el vino mezclado con agua es saludable y tiene un agradable sabor, así también la estructura del relato debe agradar a los oídos de los que llegan a leer la composición” (2 Mac. 15, 37-39).

Sin embargo, durante los largos años de las décadas centrales del siglo XX, la *nueva historia* preconizada por los *Annales*, el estructuralismo, la historia cuantitativa y el materialismo histórico, consideraron que la historia profesional debía prescindir de la narración, para ceñirse al máximo a la exposición científica de los resultados obtenidos en la investigación. Narración era así sinónimo de ficción o, todo lo más, de relato histórico sin excesivas pretensiones científicas. La tarea del historiador fue reducida durante aquellos años a la función analítica e interpretativa, no a la narrativa, tal como diagnosticó certeramente Michel de Certeau en los años setenta. Este movimiento se consolidó después de la segunda guerra mundial y se concretó en tres tendencias historiográficas, que coincidían también con unos determinados ámbitos nacionales: la escuela francesa de los *Annales*, el materialismo de los historiadores británicos marxistas y la *cliometría* norteamericana, que trataba de reducir la historia a categorías matemáticas. La narración histórica era reducida por los paradigmas a una *histoire événementiel*, que en todo caso habitaría en el diván de la construcción histórica, en el tercer piso de la corta duración según el modelo braudeliano. La historia narrativa era vista despectivamente, reducida a una crónica, a una exposición lineal de los acontecimientos, limitada al análisis de las categorías políticas, diplomáticas y militares. La historia había adquirido su edad adulta al ser capaz de trascender esas temáticas superficiales, centrándose en las categorías socioeconómicas.

En contraposición a estos postulados, la nueva historia narrativa de los años setenta, venía a reivindicar y recuperar el relato que el historicismo clásico del siglo XIX había empezado a abandonar, al buscar un lenguaje más científico que literario. La narrativa se entiende como la organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente y como la disposición del contenido dentro de un relato —*story*— único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama. La historia narrativa difiere de la historia estructural fundamentalmente en dos aspectos: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre sobre sus circunstancias. Por lo tanto, se ocupa de lo particular y lo específico más que de lo colectivo y lo estadístico. La relación entre *escritura* e *historia* es la clave de la historiografía y la que le remite a los orígenes. Miguel de Certeau identifica esos “orígenes” con las Sagradas Escrituras, que son al

mismo tiempo escritura e historia (Certeau 1975, 7-23). La narrativa es un modo de escritura histórica –*historical writing*–, pero es un modo que afecta también y es afectado por el contenido y método (Stone 1979, 74-75).

Tal como se entiende hoy en día, sobre todo después de las exposiciones teóricas de Hayden White (1973), Michel de Certeau, Lawrence Stone (1979), Paul Ricoeur (1983-1985) y François Dosse (1987 y 1997) y las construcciones históricas de Emmanuel Le Roy Ladurie, Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis, Gabrielle M. Spiegel (1993 y 1997) y Simon Schama (1999), la narrativa no es la del simple informador, el tradicional cronista, el clásico relator, como tampoco la del analista. Es una narrativa que accede al rigor de la exposición histórica a través del desarrollo de una estructura coherente del relato.

Los nuevos narrativistas procuran recorrer rigurosamente todos los tramos de la investigación histórica: la cuidadosa recopilación de los datos documentales –fase heurística–, la organización y tratamiento de esos datos –fase analítica– y la interpretación histórica de todo ese material. Pero, preocupados por una exposición ordenada y sistemática de ese material en vistas a convertirlo en una historia, reorganizan todo ese material en forma de relato. Se trata, por tanto, de la creación de un nuevo relato, articulado desde el tiempo presente, partiendo de otro relato anclado en el pasado, vuelto a recrear y ganado para el presente.

Sin embargo, esta diacronía entre el relato historiado y el relato histórico es la que produce una quiebra en el proceso de conocimiento, porque el nuevo relato ya no se puede identificar con el relato original. En efecto, se han interpuesto, por lo menos, dos filtros entre la realidad narrada y la narración de esa realidad: el de la documentación utilizada –que puede estar más o menos identificada con la realidad que representa– y el de la mente del historiador, que ha reelaborado el discurso a través de las convenciones al uso. Solo el observador externo puede narrar la historia y el sentido de la historia solo lo comprende el que la ve finalizada. En este contexto, la función del historiador es de testigo y de fiador, una vez ha adquirido la oportuna perspectiva histórica.

Al nuevo narrador, le atañen profundamente los aspectos retóricos de su exposición. Ya no es algo accesorio, como un envoltorio. Es algo esencial, sobre todo después de la experimentación del *linguistic turn* y la reivindicación de la prioridad del lenguaje sobre la realidad. Los problemas de redacción pasan a un primer plano, los nuevos narrativistas se preocupan tanto por la elegancia del estilo como por la construcción de las hipótesis –Le Roy Ladurie–, la presentación del contexto en todas sus vertientes –Carlo Ginzburg– o la organización de la trama –Natalie Z. Davis.

La eficacia de esta nueva orientación historiográfica reside en el diseño de la estructura del relato. Su coherencia no tiene que basarse solamente en la cronología, sino también en la adecuada concatenación de los diversos aspectos de la realidad. El *Martin Guerre* de Davis y el *Ricard Guillem* de Ruiz-Domènec siguen básicamente una estructura cronológica, pero buena parte de su éxito radica en el análisis conjunto que realizan de todos los aspectos de la realidad. Su modelo interpretativo contrasta radicalmente con aquel de los marxismos y los estructuralismos, que solían poner énfasis en un ámbito concreto de la realidad histórica, como el demográfico, el geográfico o el económico.

El relato de estos nuevos experimentos consigue una correspondencia entre la estructura narrativa de la vida humana y la estructura narrativa de la historia. Esa adecuación se comunica a través del relato histórico, que no es más que el reflejo de esa estructura vital. De este modo, el relato histórico consigue recuperar su correspondencia con la temporalidad humana porque se refiere a la acción global de la persona en el tiempo y no en un único aspecto de esa acción. Las obras de los nuevos narrativistas reflejan en toda su intensidad la riqueza de matices de la existencia humana, que nunca queda limitada a un aspecto concreto, sea este económico, político o social. Por este motivo, el nervio central de la narración suele ser el temporal. A partir de él se consigue reflejar a la persona humana de un modo más comprensivo, lo que hace aumentar considerablemente la coherencia del relato. Esto explicaría, además, la amplia divulgación que han tenido alguno de estos libros, al conectar de modo natural con las inquietudes naturales de las personas de carne y hueso.

La nueva historia narrativa pretende devolver a la historia su capacidad de convertirse en arte, sin dejar de ser ciencia. El debate planteado por Benedetto Croce en la época de entreguerras vuelve ahora a aparecer en toda su intensidad, pero no de un modo teórico sino a través de obras históricas reales. Sin embargo, es cierto que prevalecen los planteamientos teóricos –sobre las relaciones entre historia, hermenéutica y relato en Paul Ricoeur (1983-1985), sobre la escritura de la historia en Michel de Certeau, sobre la verosimilitud de la narración histórica en Hayden V. White (1973)– por encima de las construcciones prácticas. Pero estas empiezan a abundar cada vez más, de modo que se puede hablar ya de una nueva corriente historiográfica; aunque se restrinja todavía a los pocos historiadores que representan la arista cortante de la innovación.

Conclusiones

Es evidente que la nueva tendencia de la historia narrativa, generada en los años setenta, ha tenido dos consecuencias muy importantes para el desarrollo

práctico de la historiografía y, en consecuencia, para el entero ámbito de las ciencias sociales. En primer lugar, ha representado una alternativa eficaz y una respuesta contundente a la rigidez metodológica de los viejos paradigmas como el marxismo, el estructuralismo y la historia cuantitativa. En segundo lugar, ha devuelto a la historia la capacidad de *contar historias*, algo que parecía definitivamente perdido tras la dictadura de los paradigmas estructurales y marxistas. Las transformaciones epistemológicas de la nueva narrativa son tan profundas porque representan un replanteamiento del modo de hacer historia en tres de sus principales dimensiones: el contenido, el método y el estilo.

Otra de las razones por las que la nueva narrativa es tan eficaz es que, prácticamente por primera vez en la historia de la historiografía, se trata de una corriente que no está restringida ni a un país, ni a una escuela, ni a una institución, ni a una tendencia ideológica, ni a un partido político, ni a una filosofía cerrada como lo fue el marxismo. Quizá sea esta su mayor fuerza, porque es evidente que, a través de un paulatino proceso que dura ya treinta años, la nueva narrativa se ha ido imponiendo en el panorama general de la historiografía. Al mismo tiempo, ha revitalizado y legitimado algunos géneros, como la biografía, que parecían condenados a quedar definitivamente excluidos de la órbita científica.

Al mismo tiempo, hay actualmente un acuerdo generalizado al respecto de la primacía de la narración en el discurso histórico, sea este de la naturaleza que sea y cualquiera que sea su forma o su contenido. En este campo, los referentes teóricos han provenido en parte de la nueva hermenéutica francesa (Michel de Certeau, Paul Ricoeur 1983-1985 y Jacques Rancière) y de las narraciones de historiadores provenientes del ámbito académico norteamericano (Hayden White 1973, Carlo Guinzburg y Natalie Z. Davis). Jacques Rancière es quien ha reclamado un estatuto científico específico para la historia, que utilizaría el método de la *poética del saber*, que dota a la disciplina de los procedimientos literarios por los cuales su discurso se sustrae a la literatura, se atribuye un estatuto de ciencia y realmente lo significa.

Actualmente, los historiadores han superado la supuesta incompatibilidad entre narración y rigor, entre relato y objetividad. Los experimentos pioneros de los narrativistas de los setenta han tenido un efecto tardío pero eficaz. La narración ha recobrado su función y, lo que es quizá más importante y específico de la situación actual, su legitimidad como método científico para la recreación del pasado. El debate se centra ahora en las modalidades del relato, más que en su grado de objetividad. Por este motivo, Philippe Carrard ha podido demostrar en su bello libro cómo historiadores supuestamente pertenecientes a una misma escuela basan su argumentación en muy diversas modalidades y estructuras narrativas.

En todo este proceso de revitalización del relato como fundante de la recreación histórica, me parece evidente que también está pesando la legítima aspiración de los historiadores actuales de llegar a un sector más amplio de público a través de sus publicaciones. Ello les obliga a construir un relato a través de un lenguaje discursivo, lo que les lleva a abandonar definitivamente el lenguaje académico y científico que utilizaron los exponentes de los paradigmas de mediados de siglo. El éxito de ventas de algunas monografías históricas recientemente publicadas se encargan de confirmar esta mayor conexión de la historia con el lenguaje del presente.

La conclusión de todo este proceso es la reivindicación eterna de las ciencias sociales por no perder el sentido común que aporta en sí misma la estructura del relato. Él es el único antídoto eficaz ante las excesivas pretensiones de una historia reducida a un determinado aspecto, sea este de carácter racional (el historicismo clásico decimonónico), material (el marxismo) o sentimental (el romanticismo). El eterno retorno del relato asegura, por otra parte, la natural convergencia entre las diversas ciencias sociales, condición necesaria en toda aspiración a la objetividad de la narración histórica. Una excesiva polarización hacia una determinada disciplina —la economía en el marxismo, la sociología weberiana, el estructuralismo lingüístico, la antropología estructural— produce una reducción de la realidad que repercute en la pérdida del sentido común y la objetividad histórica.

La coherencia del relato es el garante de una verdadera objetividad histórica, que es quien mejor se adecúa a la misma estructura de la vida de los hombres. Los esquemas, las estadísticas sociológicas, las curvas de precios y los estudios de productividad económica pueden ayudar más o menos a reflejar la parte de una realidad, pero nunca llegarán a completar su poliédrica estructura. La aspiración a una verdadera objetividad histórica puede ser considerada por algunos una utopía, pero desde luego se accede con más propiedad a ella a través de la estructura de relato. Por este motivo, el redescubrimiento de la estructura narrativa en la historia durante el último tercio del siglo XX es en sí mismo la historia de un relato que no cesa: el del eterno retorno del relato en las narraciones históricas.

OBRAS CITADAS

- Barthes, Roland. "Le discours de l'histoire". *Social Science Information / Information sur les sciences sociales* 6 (1967): 65-75.
- Belsey, Catherine. *Critical Practice*. London: Routledge, 1994.
- Carrard, Philippe. *Poetics of the New History: French Historical Discourse from Braudel to Chartier*. Baltimore & London: Johns Hopkins University Press, 1992.

- Certeau, Michel de. *L'Écriture de l'histoire*. Paris: Gallimard, 1975.
- Davis, Natalie Zemon. *Le Retour de Martin Guerre*. Paris: R. Laffont, 1982.
- Derrida, Jacques. *L'Écriture et la différence*. Paris: Seuil, 1967.
- . *Of Grammatology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976.
- Duby, George. *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*. Paris: Gallimard, 1973.
- Durkheim, Émile. *Les Règles de la méthode sociologique*. Paris: Presses Universitaires de France, 1960.
- Dosse, François. *L'Histoire en miettes: Des "Annales" à la nouvelle histoire*. Paris: La Découverte, 1987.
- . *L'Empire du sens: L'humanisation des sciences humaines*. Paris: La Découverte, 1997.
- Febvre, Lucien. *Le Problème de l'incroyance au XVI^e siècle: La religion de Rabelais*. Paris: Albin Michel, 1942.
- Foucault, Michel. *Les Mots et les choses: Une archéologie des sciences humaines*. Paris: Gallimard, 1966.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1977.
- Gallie, Walter Bryce. *Philosophy and the Historical Understanding*. New York: Schocken Books, 1968.
- Ginzburg, Carlo. *Il formaggio e i vermi: Il cosmo di un mugnaio del '500*. Torino: G. Einaudi, 1976.
- Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza, 1985.
- LaCapra, Dominick. *History and Criticism*. Ithaca: Cornell University Press, 1992.
- Le Roy Ladurie, Emmanuel. *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*. Paris: Gallimard, 1975.
- Lévi-Strauss, Claude. *Anthropologie structurale*. Paris: Plon, 1958.
- Marrou, Henri-Irénée. *El conocimiento histórico*. Barcelona: Labor, 1968.
- Mink, Louis Otto. "History and Fiction as Modes of Comprehension". *New Literary History* 1 (1970): 541-48.
- Rancière, Jacques. *Les Noms de l'histoire: Essai de poétique du savoir*. Paris: Seuil, 1992.
- Ricoeur, Paul. *Interpretation Theory: Discourse and the Surplus of Meaning*. Fort Worth: Texas Christian University Press, 1976.
- . *Temps et récit*. 3 vols. Paris: Seuil, 1983-1985.
- Rorty, Richard, ed. *The Linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method*. Chicago: University of Chicago Press, 1968.
- Ruiz Domènec, José Enrique. *Ricard Guillem: un sogno per Barcellona*. Napoli: Athena, 1999.
- . "Entrevista con Simon Schama". *La Vanguardia*, 15.II.2002, Suplemento "Libros".
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945 (1916).
- Schama, Simon. *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*. London: Collins, 1991.
- . *Rembrandt's Eyes*. London: Allen Lane, The Penguin Press, 1999.
- Schöttler, Peter. "Historians and discourse analysis". *History Workshop* 27 (1989): 37-65.

- Scott, Joan Wallach. "Historia de las mujeres". *Formas de hacer historia*. Ed. Peter Burke. Madrid: Alianza, 1993. 59-88.
- Spiegel, Gabrielle M. *Romancing the Past: The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- . *The Past as Text: Theory and Practice of Medieval Historiography*. Baltimore & London: Johns Hopkins University Press, 1997.
- Steiner, George. *Extraterritorial: Papers on Literature and the Language Revolution*. Auckland: Penguin Books, 1975.
- Stone, Lawrence. *The Crisis of Aristocracy, 1558-1641*. Oxford: Clarendon Press, 1966.
- . "The revival of narrative: reflections on a new old history". *Past and Present. A Journal of Historical Studies* 85 (1979): 74-94.
- . "History and post-modernism". *Past and Present: A Journal of Historical Studies* 131 (1991): 217-18.
- Stone, Lawrence y Jeanne C. Fawtier. *An Open Elite? England 1540-1880*. Oxford: Clarendon Press, 1984.
- Struever, Nancy S. "Historiography and Linguistics". *International Handbook of Historical Studies: Contemporary Research and Theory*. Ed. Georg G. Iggers y Harold T. Parker. London: Methuen, 1979. 127-50.
- Toews, John E. "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience". *American Historical Review* 92 (1987): 879-907.
- Weber, Max. *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. 1922. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1944.
- White, Hayden V. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973.
- . *Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989.